

TARTALÉS DE CILLA

Tartalés de Cilla se encuentra a unos 80 km al norte de la capital burgalesa y a unos 4 km al oeste de Trespaderne, en la merindad de Cuesta Urria, entre los Valles de Tobalina y Valdivielso y en las estribaciones de la Sierra de la Tesla. Desde Oña debemos seguir la N-629 en dirección a Medina de Pomar, que abandonamos por una sinuosa carretera local que conduce a la hoy casi deshabitada localidad.

De la abundancia de asentamientos eremíticos altomedievales en los afloramientos calizos de la Tesla dan fe los numerosos vestigios que encontramos en el entorno de Tartalés, como los de San Pedro, donde habitó un ermitaño llamado Fermín, elevado por el pueblo a la categoría de santo, el de Santa María "de los Godos", recientemente exhumado junto a la carretera a Trespaderne, y el conjunto denominado "Cueva de los portugueses".

El antiguo monasterio de Tartalés, dedicado a San Martín, fue donado el 11 de diciembre de 1067 por Sancho II de Castilla al abad Íñigo de San Salvador de Oña. Dice el documento que *est ipso monasterio in aditum de Tetelia Sancti Martini et Sancte Marie Uirginis seu Sancti Petri Apostoli, cuius uasilica sita est in loco predicto cella Terteles* y lo dona *cum terris et uineis, ortus pumiferis, pratis, pasciuilis, padulibus (sic) molendinis, kannares et trullares in flumine Ebro* y un patrimonio nada desdeñable.

Interior del eremitorio conocido como "Cueva de los Portugueses"



Imaginamos que bajo la órbita oniense se unificarían las comunidades de Tartalés bajo la norma benedictina. En 1217 el abad de Oña donó a Martín de Vescolides y su mujer Elvira *illud solar quod fuit Iohannis Martini in Cella de Terteles*, con la condición, entre otras, de que permaneciese indiviso. Entre los confirmantes aparece un *Iohannes domnus de Terteles*, que vuelve a confirmar el pacto entre el monasterio de Oña y los vecinos y clérigos de varias localidades del entorno en septiembre de 1218. Otro vecino del mismo nombre, "Yuannes de Tartales, fijo de Martin de Mena", recibió en arriendo en 1263 un solar oniense en Fontanizo.

En 1271 el monasterio de Oña arrendó a Pedro Alfonso y su mujer un solar en Cebolleros, cuya renta debían pagar los susodichos anualmente al monasterio de San Martín de Tartalés de Cilla. Cinco años después –en febrero de 1276– sería el propio monasterio el que fue arrendado a Martín Remiro de Santotís por 50 maravedís anuales de renta ("el nuestro monesterio Sant Martin de Tartales con los vassallos que y auemos, et con todos sus derechos, et con todas sus pertençias, assi como nos lo auemos agora y fuera sacado el sennorio, et la yantar del conçeio et los montes todos que retenemos pora nos"). Obliga el diploma al arrendatario, además de a guardar los derechos reservados por el monasterio a "que cantedes la iglesia sobredicha cutianamiento de todas sus oras et que la cumplades de çera et de olion, et de lo que fuer mester...". A la muerte de dicho Martín Remiro el patrimonio arrendado volvería al dominio oniense. En 1277, el Cartulario de Oña recoge el otorgamiento por su abad Pedro IV del solar de Cebolleros, que era propiedad del monasterio de San Martín de Tartalés al vecino de dicho lugar Martín González ("el nuestro solar de Çebolleros que pertenez al nuestro monesterio de Sant Martin de Tartales"). Unos años después, en 1292, el abad de Oña arrienda a Roy Pérez y su esposa un solar en Nofuentes que también formaba parte del patrimonio de San Martín de Tartalés.

Los citados solares de Cebolleros fueron objeto del enconado pleito territorial entre el concejo de Frías y el monasterio de Oña, resuelto amigablemente en 1292. En 1296 el monasterio burebano arrendó a Garcí Sánchez y su hermana Elvira García un solar en Santotís, también parte del antiguo dominio de San Martín de Tartalés y en 1333 volvió a arrendar a Pedro López y su esposa, esta vez por diez años, "la nuestra casa de Sant Martin de Tartales de Cilla, con todos los solares e heredamientos". El *Libro Becerro de las Bebetrías* dice de Tartalés que "es del monesterio de Onna" y que sus vecinos "pagan al Rey monedas e seruuçios, e non a y otros derechos que son quitos por preuilligio e que lo tiene el abat". En las cuentas de 1338 de la abadía se refleja que la casa de Tartalés producía anualmente a Oña una renta de 300 maravedís.

La actual iglesia de San Miguel debe ser la heredera de aquel antiguo monasterio de San Martín, Santa María y San Pedro donado a Oña, aunque consta que en el pueblo había al menos dos ermitas dedicadas a la Virgen y San Pedro. En las inmediaciones de la parroquia existía una ermita, "en cuyos lienzos de notan manifestaciones románicas, sobre todo en los arcos de la parte izquierda" a decir de García Sáinz de Baranda, que fue el primitivo destino del sarcófago de Fermín, ermitaño en cuya lauda se leía el siguiente epitafio: "Asppice angustum de rupe scissum Firmini sepulchrum", según la transcripción de López Martínez. Bohigas Roldán, quien dice que en esta ermita de San Fermín, distante "como unos veinte pasos" de la parroquia hay "dos arcos de herradura" y una inscripción que transcribe, siguiendo a Serrano, como "RESPICES AVGVSTVM DE RVPE PRECVSVM (saltado ¿SANCTI?) FIRMINI SEPVLCRHVM", en caracteres "que lo mismo pueden ser del siglo VIII que del X". Cita también que "sirve de pila de agua bendita un capitel, parecido al que he visto en Revilla de Pomar [...] que me parece así mismo visigodo".

Iglesia de San Martín

EL ACTUAL TEMPLO PARROQUIAL de San Martín (Madoz lo supone advocado a San Fermín), se ubica en el extremo sudoriental del caserío, en suave ladera. De reducidas dimensiones, consta de una muy rehecha nave cubierta con bóvedas de arista —“restaurada por el entusiasmo de un jesuita, el P. Portillo, quien pidió a los suyos 4.000 pesetas para llevarla a cabo”, según refería García Sáinz de Baranda— y cabecera de breve tramo recto y ábside semicircular.

La cabecera es la estructura románica mejor conservada y se levantó en mediocre sillería de toba parcialmente enfoscada al exterior, cubriéndose el presbiterio con rehecha bóveda de cañón y el hemiciclo, unido mediante un codillo al anterior, con bóveda de horno, ambas cubiertas sobre imposta de listel y chaflán. El ábside se levanta sobre un zócalo de sillarejo rematado en moldura de talón invertido y en su eje se abre una muy modificada ventana,

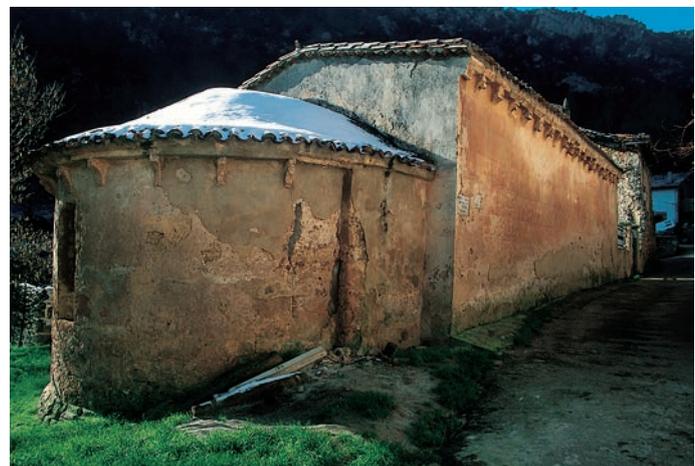
Panorámica de la iglesia

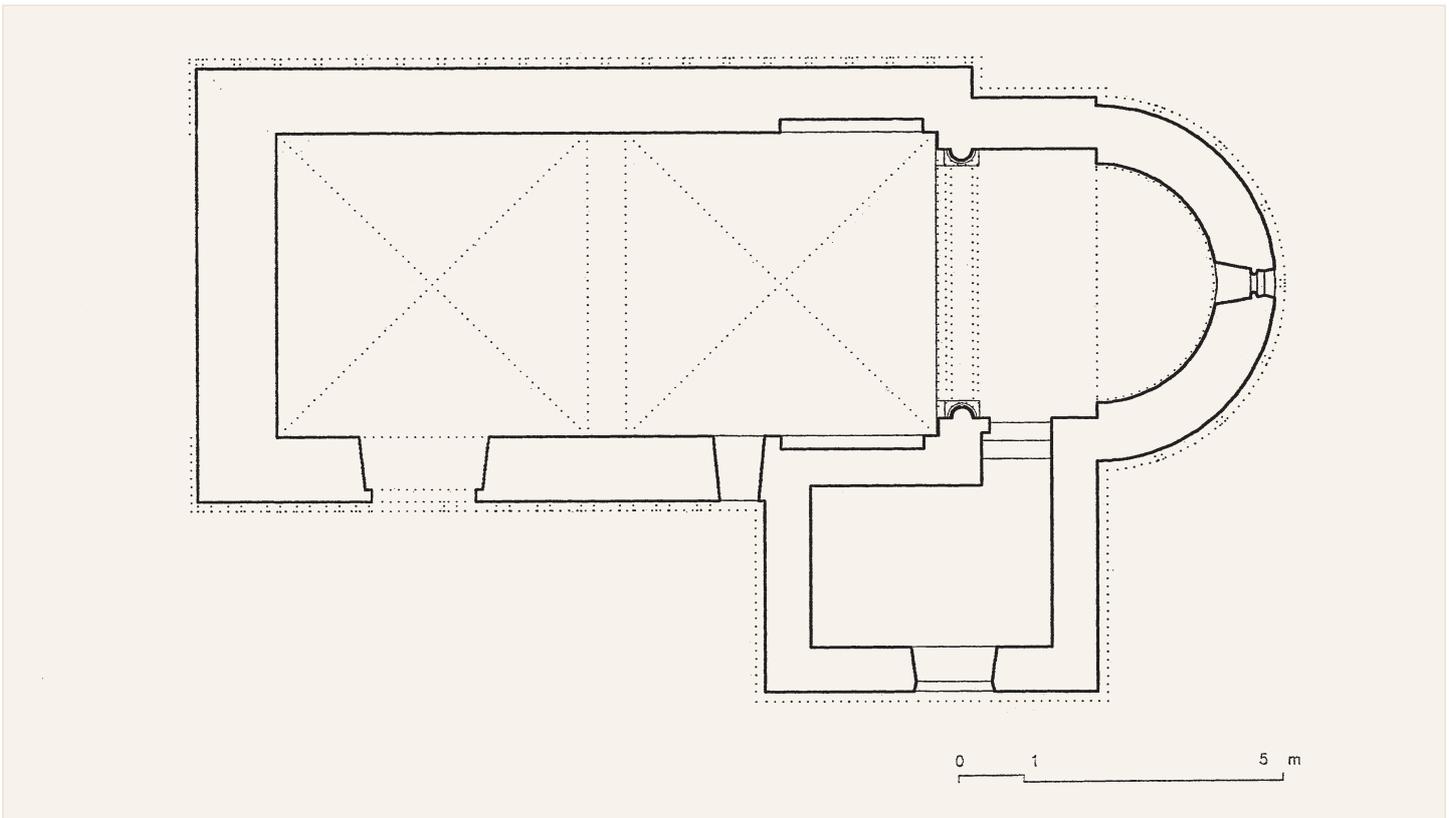


siendo al exterior el elemento más destacable la serie de canecillos que soportan la deteriorada cornisa, moldurada con un bocel. Comenzando la descripción por el costado meridional del ábside, vemos en primer lugar la representación de un ángel o evangelista de destrozado rostro nimbado, alado, sedente, ataviado con ropas talares y sosteniendo sobre sus rodillas un libro que muestra abierto. Los laterales de la nacela sobre la que se dispone la figura, tanto en este can como en la mayoría de los de la cabecera, se decoraron con una greca de volutas simulando ondas. El can inmediato aparece rasurado y en el siguiente muestra perfil de nacela con un rollo superior. Un león recostado que vuelve la cabeza y cuya cola se remata con un brote vegetal y cae sobre el lomo decora la pieza contigua, que recuerda en su factura algunas piezas de Oña hoy expuestas en la sala capitular y los canes de la portada occidental de San Pedro de Tejada. Los mismos orígenes podríamos suponer al modillón siguiente, ornado con una espléndida hoja de acanto, con la punta vuelta, muy recortada y de fuertes escotaduras, que tanto en el diseño como en las profundas acanaladuras parece obra del mismo taller que labró el capitel de la desaparecida iglesia de San Juan Bautista de Cillaperlata hoy conservado en el claustro alto de la catedral de Burgos. Tras otro can de simple nacela y dos más cuya decoración se ha perdido vemos, ya en la zona septentrional del hemiciclo, un personajillo sedente o acucillado, vestido con túnica de pliegues rectos paralelos, que con ambas manos se sujeta las rodillas.

El presbiterio, evidentemente reformado, ha perdido sus canes. El muro norte de la nave, que quizá sólo conserve la traza original y fuera rehecho, aparece coronado

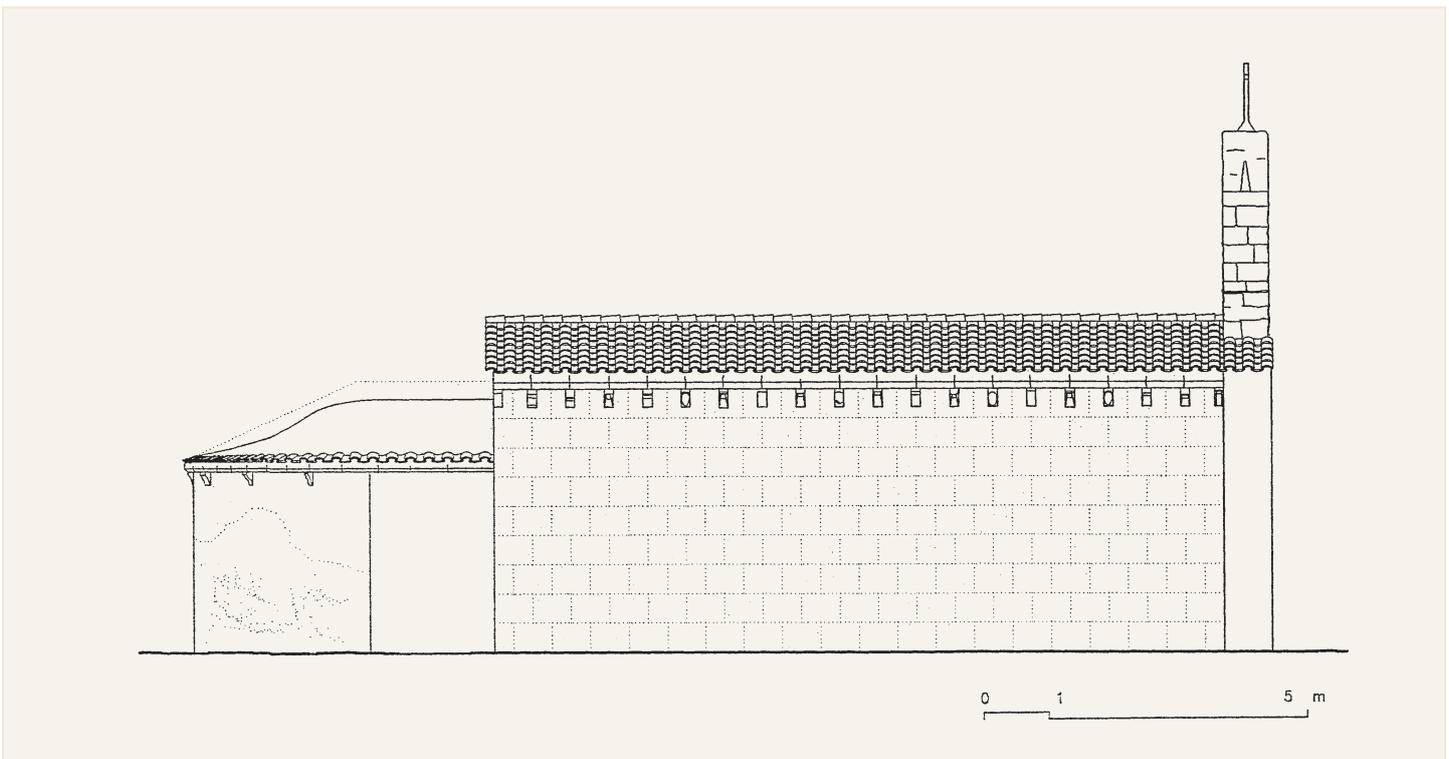
Cabecera y fachada norte





Planta

Alzado norte





Canecillo de la cabecera

Interior



por una cornisa achaflanada, labrada a hacha, sobre canecillos románicos, de mayor tamaño y talla algo más ruda que los anteriores. La mayoría son de simple nacela rematada en un rollo, aunque los hay con una penca, una hoja de prominente remate avolutado, uno con un busto masculino de peinado a cerquillo y prótomos de cánido, un lobo de rugientes fauces y un caballo. El muro meridional y el hastial occidental son íntegramente fruto de la restauración de la primera mitad del siglo XX, ambos levantados en mampostería; el primero aparece coronado por canes modernos de cuarto bocel y sobre el segundo se alza una espadaña de dos troneras de medio punto.

Accedemos al interior a través de una sencilla portada moderna abierta en el muro sur. Da paso de la rehecha nave a la cabecera un también reformado arco de medio punto doblado que apea en machones con columnas entregas en sus frentes. Sus capiteles fueron lamentablemente repicados, apreciándose sólo en el del lado del evangelio dos pequeñas cabezas monstruosas en el frente y dos figuras humanas en los laterales. Coronaban ambas cestas sendos cimacios con perfil de listel y nacela, en los dos casos albergando sendas inscripciones. El estado del cimacio de la epístola no permite discernir el texto (sólo reconocemos los caracteres ...VIM...), mientras que en el del lado del evangelio se lee: + RVDERIGVS GALECIANO FECIT ♥, y en la línea superior creemos leer IEG (¿eglesia?), que deja constancia de la participación en la construcción del templo de un tal Rodrigo, de procedencia galaica.

Reutilizado como soporte de la mesa de altar encontramos un capitel románico de grandes dimensiones, buena calidad y afortunadamente bastante bien conservado, alzado sobre una basa de perfil ático y amplia escocia, ambas piezas procedentes de una columna entrega, quizá de la nave primitiva. La cesta se decora con dos personajes acullillados que con sus brazos alzados se agarran a las grandes volutas que, entre florones, coronan el capitel. Estas figuras aparecen enredadas por tallos que son sujetados por otros dos personajes en los laterales de la pieza, mientras que en el frente estos tallos se anudan y dan lugar a piñas. Su buena factura recuerda modelos onienses y los rostros los de algunos canecillos de San Pedro de Tejada.

En el interior de la iglesia se conserva además un lóculo para reliquias con su tapa en forma de sarcófago de doble vertiente, seguramente procedente del primitivo altar.

La cronología de San Miguel de Tartalés podría girar en torno a los años centrales del siglo XII.



Inscripción

Bibliografía

ÁLAMO, J. del, 1950, t. I, doc. 53, y t. II, docs. 412, 417, 562, 638, 660; ALDEA, Q., MARÍN, T. y VIVES, J., 1972-1975, t. III, p. 1681; ARGÁIZ, G. de, 1675, pp. 434-436; BOHIGAS ROLDÁN, R., 1977, pp. 211-214; CADIÑANOS BARDECI, I., 1986b, p. 14; CADIÑANOS BARDECI, I., 1995, pp. 36, 185-189; CADIÑANOS BARDECI, I., 1997, pp. 106-107; CANA GARCÍA, F., 1992, p. 820; FERNÁNDEZ PEÑA, F., 1998, pp. 82-87; GARCÍA SÁINZ DE BARANDA, J., 1966 (1988), pp. 145-146; LÓPEZ MARTÍNEZ, N., 2001, pp. 39, 43, 108, 121, 128-131; MADDOZ, P., 1845-1850 (1984), p. 464; MARTÍNEZ DÍEZ, G., 1981, t. II, p. 453; MONREAL JIMENO, L. A., 1989, pp. 68-73; OCEJA GONZALO, I., 1983, docs. 193, 217, 231; OCEJA GONZALO, I., 1986a, docs. 372, 381, 399, 422, 483; OCEJA GONZALO, I., 1986c, docs. 640, 661; PALOMERO ARACÓN, F. e ILARDIA GÁLLIGO, M., 1991-1992, t. IV, pp. 62-63; PÉREZ CARMONA, J., 1959 (1975), p. 111; PÉREZ DE URBEL, J., 1969-1970, t. I, p. 110; RUIZ VÉLEZ, I. *et alii*, 1986, pp. 77-78; SANZ GARCÍA, J., 1924, pp. 246-247; SERRANO PINEDA, L., 1935-1936, t. I, p. 62 y t. II, pp. 411-412; YEPES, Fray A. de, 1609-1621 (1959-60), t. II, p. 441.



Capitel reutilizado